



«Un logro fantástico.»

PETER FRANKOPAN

«Inspirador.»

Dra. JANINA RAMIREZ

OCCIDENTE

UNA NUEVA
HISTORIA DE UNA
VIEJA IDEA

Naoíse Mac
Sweeney

PAIDÓS

NAOÍSE MAC SWEENEY

OCCIDENTE

Una nueva historia de una vieja idea

Traducción de Fernando Borrajo

PAIDÓS Contextos

Título original: *The West*, de Naoíse Mac Sweeney
Publicado originalmente por WH Allen en 2023.

1.^a edición, marzo de 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Naoíse Mac Sweeney, 2023

© de la traducción, Fernando Borrajo Castanedo, 2024

© del poema «My Body Can House Two Hearts» de las páginas 317-318, Hanan Issa, 2019

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2024

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4203-5

Maquetación: Realización Planeta

Depósito legal: B. 3.151-2024

Impresión y encuadernación en Rotoprint by Domingo, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Nota de la autora	9
Introducción. La importancia de los orígenes.	11
1. El rechazo de la pureza: Heródoto.	21
2. Los europeos asiáticos: Livila	43
3. Los herederos globales de la Antigüedad: Al Kindi.	59
4. Otra vez los europeos asiáticos: Godofredo de Viterbo	79
5. El espejismo de la cristiandad: Teodoro Láscaris	99
6. Lo que queda de la Antigüedad: Tullia d’Aragona	117
7. La senda sin hollar: Safié Sultán	139
8. Occidente y el conocimiento: Francis Bacon	161
9. Occidente y el imperio: Njinga de Angola	181
10. Occidente y la política: Joseph Warren	203
11. Occidente y la raza: Phillis Wheatley	225
12. Occidente y la modernidad: William Ewart Gladstone.	243
13. Occidente y sus críticos: Edward Said	265
14. Occidente y sus rivales: Carrie Lam	285
Conclusión. La forma de la historia.	311
Agradecimientos.	319
Bibliografía	321
Lecturas recomendadas	351
Notas.	355
Índice onomástico y de materias	397

CAPÍTULO

1

El rechazo de la pureza

Heródoto

No hay duda de que la princesa Europa procedía de Asia y de que no estuvo nunca en el territorio que los griegos llaman «Europa».

HERÓDOTO (siglo V a. C.)¹

Hay un emigrante en la playa. Mira al mar, con el pensamiento y la mirada dirigidos hacia su patria, que está a un continente y una vida de distancia. Hace años que se vio forzado al exilio, alejándose de la accidentada costa de Turquía en un bote abarrotado de personas. Huía de la persecución de un tirano y de la furia de la turba fundamentalista, con la esperanza de encontrar un futuro mejor en la ciudad más bulliciosa y cosmopolita de Europa. Pero, cuando por fin llegó a la gran metrópoli, sus sueños pronto se hicieron añicos. Donde había esperado el éxito, se topó con la desconfianza, y donde había imaginado oportunidades, no encontró más que restricciones. Posteriormente, cuando el gobierno empezó a crear un entorno contrario a los inmigrantes y a promulgar leyes draconianas que afectaban a los nuevos ciudadanos, Heródoto abandonó la polis. Así que aquí está, en otra playa extranjera, en busca de un nuevo comienzo. A lo mejor esta vez encuentra lo que está buscando.

Esta historia podría ser la de cualquier emigrante del siglo XXI, pero en este caso corresponde al primero de los catorce personajes de este libro, el historiador Heródoto. Naturalmente, solo podemos ha-

cer conjeturas (como las hago yo) sobre cómo se sentía Heródoto cuando llegó a las costas del sur de Italia. En realidad, sabemos relativamente poco acerca de la vida del hombre al que hoy consideramos el «padre de la historia». Heródoto nació en el siglo V a. C. en Halicarnaso (actual Bodrum, en Turquía) y trabajó varios años en Atenas antes de irse a pasar sus últimos años en la pequeña ciudad de Turios, en el golfo de Tarento. Fue allí donde, tras dos emigraciones, escribió su famosa *Historia*.

Son muchos los que consideran la *Historia* de Heródoto como la primera obra de narrativa histórica de la tradición occidental. El libro nos cuenta básicamente cómo entre los años 499 y 479 a. C. una coalición de estados griegos rechazó a los ejércitos invasores de los persas aqueménidas. Los persas eran superiores en número, recursos y organización y controlaban un vasto imperio que se extendía desde la actual Bulgaria hasta Afganistán, y desde Egipto hasta el mar Negro. En contraposición, había cientos de pequeñas comunidades independientes que se consideraban (en mayor o menor medida) griegas y que, como no cesaban de luchar entre sí, llevaban una vida bastante precaria en sus territorios autónomos. Sin embargo, contra todo pronóstico, los griegos se impusieron y rechazaron a los invasores persas. Es un relato que ha cautivado a miles de personas a lo largo de tres milenios y que sigue siendo enormemente atractivo en la actualidad.²

Entre las razones por las que la *Historia* de Heródoto sigue siendo tan popular se encuentra su relevancia para la historia imaginaria de Occidente. Para muchas personas, la *Historia* es una especie de carta fundacional de la civilización occidental, pues constituye un antiguo precedente de la idea moderna de «choque de civilizaciones». Las líneas iniciales del proemio parecen corroborar ese argumento. Heródoto comienza su historia afirmando de manera explícita que su objetivo es narrar los grandes hechos de los helenos y los bárbaros (palabra con la que se refiere a los no griegos). Esto supone directamente una oposición binaria entre los dos grupos: griegos y bárbaros, Europa y Asia (o tal vez, más exactamente, entre Occidente y «el resto»). A continuación, Heródoto se remonta a una historia aún más antigua para situar el conflicto. Todo comenzó, nos dice, cuando unos comerciantes fenicios raptaron a una princesa de la ciudad griega de Argos. Los griegos reaccionaron secuestrando a una princesa fenicia, lo que con-

dujo a una serie de violaciones que culminaron en el rapto de Helena de Esparta, origen de la guerra de Troya. La consiguiente destrucción de Troya, según Heródoto, fue una acción desproporcionada que realmente consiguió poner a los asiáticos contra los griegos (Hdt 1:5).

El proemio de Heródoto parece una primera versión del relato de la civilización occidental. Los dos ingredientes principales ya están ahí. En primer lugar, tenemos dos bandos irreconciliables: Grecia (entiéndase «Occidente») y Asia (entiéndase «el resto»). Luego tenemos el presente histórico que se proyecta sobre el pasado; los persas que se fusionan con los míticos troyanos, y los griegos que se equiparan con los aqueos que asaltaron Troya. Heródoto parece contarnos no solo una versión antigua del «choque de civilizaciones», sino también un primer borrador de la genealogía cultural de Occidente. Al menos eso es lo que «parece» contarnos.

Muchos lectores se han dejado engañar por esta interpretación superficial de Heródoto. Samuel Huntington, cuando escribió su polémico *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, definió las características fundamentales de cada civilización basándose en Heródoto.³ Según el politólogo Anthony Pagden, el objeto de estudio de la *Historia* era «la eterna enemistad entre Europa y Asia».⁴ Y Zack Snyder, cuando estrenó la película *300* en 2007, desató la polémica al retratar a los espartanos como europeos blancos y defensores de la libertad, y a los persas como asiáticos y africanos que se caracterizaban por la degeneración moral y la deformidad física.

Que se haya interpretado erróneamente a Heródoto es en cierto modo comprensible. Muchos fragmentos de su texto sugieren una narración del tipo «choque de civilizaciones». Pero también hay muchos fragmentos que sugieren lo contrario. Si lo leemos con atención, veremos que Heródoto introduce el choque de civilizaciones solo para desacreditarlo. Heródoto no dividía el mundo entre Occidente y el resto, y tampoco entendía la historia como una incesante repetición del mismo conflicto. En definitiva, Heródoto no inventó una primera versión del relato de la civilización occidental, y tampoco consideraba a los griegos como un grupo geocultural equiparable al Occidente moderno; al contrario, su vida y su obra apuntan en la otra dirección. No deja de ser una ironía de la historia que, dos mil quinientos años después de su muerte, Heródoto haya sido utilizado tantas veces para

legitimar esa ideología del «nosotros contra ellos» que él mismo intentó desprestigiar.

PADRE DE LA HISTORIA, PADRE DE LA MENTIRA

Aunque a veces nos refiramos a él como «padre de la historia», Heródoto no fue el primer historiador.⁵ La historiografía mesopotámica es anterior a él en más de un milenio, y las primeras obras históricas en lengua griega datan de casi doscientos años antes de su nacimiento.⁶ Pero Heródoto, si bien no inventó la historia, lo cierto es que supo replantearla con bastante talento, puesto que se centró menos en el relato de acontecimientos secuenciales y más en los modelos de causalidad histórica, haciendo más hincapié en el «porqué» que en el simple «qué».⁷

La *Historia* narra, claro está, los sucesos que acontecieron en las guerras entre griegos y persas, y enumera los diversos acontecimientos y episodios del conflicto. El relato es a grandes rasgos como sigue: las hostilidades rompieron con la revuelta de los jonios en 499 a. C., una rebelión contra el Imperio persa encabezada por las ciudades jónicas de Asia Menor y apoyada por los atenienses (así como por otras ciudades-Estado del Egeo). Aquella rebelión fue finalmente aplastada, y los persas empezaron a mirar hacia el oeste. El rey persa Darío, cuando decidió invadir la Grecia continental en el año 492 a. C., fue derrotado por los atenienses en la batalla de Maratón. Dada la gran cantidad de revueltas que había en el imperio, la segunda invasión persa, esta vez bajo las órdenes de Jerjes, hijo de Darío, tardó una década en producirse. En su avance por la península griega, el ejército de Jerjes fue frenado temporalmente en las Termópilas, donde trescientos espartanos protagonizaron su famosa última batalla. Pero los persas llegaron finalmente a Atenas, la saquearon, mataron a la mayoría de sus habitantes y se llevaron sus tesoros más valiosos. Más tarde, en un sorprendente giro de los acontecimientos, los persas sufrieron dos calamitosas derrotas, primero por mar, en la batalla de Salamina, y luego por tierra, en la batalla de Platea. Con su ejército en desbandada y las ruinas de Atenas humeando a sus espaldas, los persas decidieron reducir sus pérdidas y regresar a su país.

¿Por qué sucedieron así las cosas? Para responder a esta espinosa cuestión, Heródoto amplió su perspectiva con el fin de enmarcar los acontecimientos en un contexto cada vez más extenso. No es posible entender por qué Persia saqueó Atenas, razonaba, si no se conoce el trasfondo de las relaciones diplomáticas perso-atenienses. Y no es posible valorar esas relaciones a menos que se conozcan siquiera superficialmente las estructuras políticas de ambos estados. Y tampoco es posible comprender realmente las estructuras políticas de un Estado sin conocer algo de su historia, su desarrollo y, en definitiva, sus orígenes. Como se puede imaginar, los zarcillos de la explicación herodotiana se extendían cada vez más lejos.

Por consiguiente, la *Historia* no es solo una crónica de las guerras médicas, sino también una exposición de los conocimientos de Heródoto sobre la historia de Persia (no exenta de bastantes conjeturas), incluida la fundación del imperio y una descripción de su administración. El relato incorpora también vívidas descripciones etnográficas de la cultura y la sociedad persas, así como biografías de los principales personajes de la historia de Persia. Heródoto analiza a fondo no solo a los persas, sino también a cada uno de los numerosos pueblos que vivían dentro de las fronteras del Imperio aqueménida, desde los egipcios en el sur hasta los escitas en el norte, y desde los indios en el este hasta los griegos en el oeste. Lógicamente, Heródoto no trata de la misma manera a los griegos que a otros grupos étnicos. Al escribir en la lengua que hablaban la mayoría de sus lectores, no tenía que explicar los aspectos básicos de la cultura y las costumbres griegas, pero sí describió la historia individual de varios estados griegos, analizando su desarrollo y su carácter.

Esa búsqueda del «porqué» confiere a su *Historia* una gran amplitud de horizontes (abarca muchos siglos y miles de kilómetros cuadrados) y una enorme erudición (relata anécdotas que van desde la vida sexual de los reyes hasta las desventuras de los pescadores). Así pues, cuando nos cuenta la historia de las guerras médicas, Heródoto nos invita a un banquete de manjares historiográficos entre los que figuran la etnografía (¿sabías que los escitas envolvían en cera a sus reyes antes de enterrarlos?)⁸ y el debate filosófico (como cuando los persas «votaron» por la monarquía como mejor forma de gobierno),⁹ la teorización geográfica (Heródoto se sumergió, literal y figuradamente, en el

debate sobre las fuentes del Nilo)¹⁰ y el periodismo de investigación (gracias a una fuente anónima, sabemos de mensajes secretos que se transmitían por medio de tatuajes ocultos).¹¹

La riqueza y diversidad de su *Historia* le valió a Heródoto —tal vez inevitablemente— su segundo sobrenombre. Si Cicerón, que escribió cuatro siglos después de la muerte de Heródoto, lo llamó «padre de la historia», Plutarco, dos siglos más tarde, lo calificó de «padre de la mentira». ¹² A Plutarco le parecía que los relatos de Heródoto no podían ser ciertos porque eran demasiado fantasiosos, antojadizos e incluso divertidos. En eso tiene parte de razón. Algunas narraciones de Heródoto son ciertamente disparatadas, como la de las hormigas buscadoras de oro en la India o el rumor de que algunos habitantes del Sáhara tenían cabeza de perro. ¹³ Otras anécdotas extrañas podrían deberse a malentendidos culturales. Entre ellas cabe citar la de que los escitas ordeñaban a sus yeguas introduciéndoles aire en la vagina con flautas de hueso, o la de que las mujeres babilonias debían ejercer la prostitución en el templo al menos una vez en su vida. ¹⁴ Pero el propio Heródoto sabía que no todos sus relatos eran objetivamente verídicos. A menudo prologaba sus historias más fantásticas con complejos desmentidos y afirmaba que simplemente habían llegado a sus oídos. Tales pasajes están salpicados de frases como «algunas personas dicen» o «los habitantes del lugar afirman». Heródoto no se creía todo lo que oía, y confiaba en que sus lectores tampoco lo creyesen.

Sin embargo, una buena dosis de lectura crítica no habría servido de mucho para aplacar la ira de Plutarco, pues este tenía una razón más profunda para desconfiar de Heródoto. Básicamente, la *Historia* le parecía demasiado imparcial con los persas y demasiado positiva en la descripción de los no griegos. Heródoto, según Plutarco, era evidentemente un *philobárbaros* (un admirador de los bárbaros), por lo que uno no podía fiarse de nada de lo que escribiese. Igual de cuestionable era su predisposición a criticar a los griegos, puesto que, si bien describía la locura sanguinaria del persa Cambises y la crueldad infinita de Jerjes, ¹⁵ también escribía sobre la ambición desmesurada del milesio Aristágoras y la avaricia del general ateniense Temístocles. ¹⁶ Para el patriota Plutarco, vivir en una Grecia reducida a una provincia del Imperio romano era una afrenta para su ideal nostálgico del helenismo.

¿Quién era pues Heródoto en realidad, el padre de la historia o el padre de la mentira? ¿Era un fantaseador, un apologista de los bárbaros y un hábil inventor de cuentos chinos? ¿O era un innovador científico que sobrepasaba los límites del conocimiento humano reconceptualizando la relación del hombre con el pasado? Tal vez lo más importante para este libro es si formuló una primera versión del proto-Occidente que sirve de base para la idea que tenemos del Occidente actual. ¿Nos dio Heródoto el modelo del gran relato de la civilización occidental? Las respuestas a estas preguntas están en algún lugar entre la vida de Heródoto en cuanto persona y los textos literarios de Heródoto en cuanto historiador. Ahora bien, pese a la riqueza de las biografías que escribe en la *Historia*, conocemos poco de la vida de su autor.

Sabemos que Heródoto nació a mediados del siglo v a. C. en Halicarnaso, en la costa egea de la actual Turquía. Aunque era oficialmente una polis (ciudad-Estado) griega, Halicarnaso tenía una población mixta y también se enorgullecía de su pasado anatolio.¹⁷ La propia familia de Heródoto es un ejemplo de la mezcla cultural de la ciudad. El nombre Heródoto es griego, al igual que el de su madre, Drío. Pero otros miembros de la familia tenían nombres derivados del cario, como por ejemplo su padre, Lixes, y su primo, el poeta Panías.¹⁸

De joven, a Heródoto le interesaba más la política que la historia. Tenía algunas discrepancias con Lígdamis, el sátrapa hereditario de la ciudad,¹⁹ por lo que se vio obligado a huir a la isla de Samos. En algún momento Heródoto regresó a la ciudad e intervino en la insurrección que derrocó a Lígdamis, y apoyó el establecimiento de un nuevo régimen. Pero poco después tuvo que huir otra vez a causa de la indignación de los partidarios del tirano. Durante los años siguientes, Heródoto aprovechó el exilio para viajar por el mundo antiguo.²⁰ A lo largo de la *Historia* encontramos numerosas anécdotas personales y testimonios presenciales. Heródoto nos cuenta que exploró los lugares más interesantes de Egipto y que navegó por el Nilo hasta Elefantina; quedó maravillado con los bulliciosos puertos y los cosmopolitas mercados de Tiro; y vio con sus propios ojos la fabulosa decoración de los templos de Babilonia. Si hemos de creer sus escritos, Heródoto fue un agotador compañero de viaje; pedía información a los guías, regateaba con los vendedores ambulantes y hablaba con todo el mundo, desde

los dignatarios locales hasta los humildes aguadores, para que le contasen historias. Por eso no es extraño que sus escritos atestigüen un gran conocimiento de Anatolia, incluida no solo la costa del Egeo, sino también los territorios septentrionales que limitan con el mar Negro y la zona del Helesponto. En la parte continental de Grecia, visitó distintos territorios, como Esparta, Delfos, Beocia y, por supuesto, Atenas.

Aunque el mundo griego estuviera fragmentado políticamente a mediados del siglo v a. C., Atenas era su capital cultural indiscutible.²¹ Aquella fue la época del estadista Pericles y del filósofo Sócrates, del escultor Fidias y del dramaturgo Eurípides. En Atenas vivían intelectuales cosmopolitas y radicales políticos, famosas cortesanas y *playboys* millonarios. Los mercados estaban atestados de comerciantes de tres continentes, los peregrinos bullían en los templos y los artesanos llegaban de todas partes para trabajar en los suntuosos edificios de la acrópolis. Al igual que la Viena *fin-de-siècle*, la Nueva York de los locos años veinte o el Londres de la década de 1960, la Atenas del siglo v a. C. era como un imán para las personas creativas y con ambiciones. Para Heródoto, debía de ser irresistible.

Cuando llegó a la gran metrópoli, Heródoto se juntó enseguida con los literatos, trabando una especial amistad con el poeta trágico Sófocles.²² Sabemos que Heródoto hizo varias lecturas públicas de sus propias obras, llegando a ganar la impresionante cantidad de diez talentos por una representación especialmente lucida (para hacernos una idea, un talento era suficiente para pagar el sueldo mensual de la tripulación de una trirreme de la marina ateniense).²³ Pese a su éxito, se marchó de Atenas al cabo de pocos años, abandonando a sus nuevos amigos y renunciando a su floreciente carrera. Y esto lo lleva a donde lo encontramos al principio de este capítulo, a las costas del golfo de Tarento, en el sur de Italia, preparándose para instalarse definitivamente en Turios.

¿Qué llevó a Heródoto a marcharse de Atenas y abandonar sus sueños de fama y de riqueza en la gran ciudad? ¿Por qué —cuando se podía decir que «lo tenía todo»— de repente renunció a lo que había conseguido y volvió a emigrar? Es muy probable que toda una serie de factores personales influyeran en su decisión, pero la política ateniense también debió de formar parte de la ecuación: una nueva política

basada en el imperialismo, la xenofobia y una forma de contar las cosas que se parece un poco a la de la civilización occidental.

LA FORMA DEL MUNDO

El actual Estado griego tiene ya más de doscientos años de antigüedad y puede presumir de una interesante y pintoresca historia.²⁴ Pero la Grecia moderna no se parece en nada a la antigua.²⁵ En tiempos de Heródoto, los griegos no estaban organizados en un solo Estado o nación. Por el contrario, el mundo griego estaba formado por miles de polis (ciudades-Estado) y microterritorios, cada uno de los cuales contaba con su propio gobierno independiente.²⁶ Estos estados tenían por lo general una fuerte identidad individual, y la mayoría de los griegos se consideraban ante todo atenienses, corintios, espartanos, etc. En ocasiones, algunos estados hacían alianzas, pero mantenían su propia identidad.²⁷ Hasta las conquistas de Alejandro Magno, unos cien años después de Heródoto, las distintas ciudades-Estado no se unieron bajo un único gobierno griego (aunque muchos se preguntaban hasta qué punto eran «griegos» sus gobernantes macedonios).²⁸ Pero ni siquiera ese megaestado logró que los griegos del mar Negro o del Mediterráneo central y occidental se incorporasen a él.

Además de estar fragmentados políticamente, los griegos de tiempos de Heródoto también estaban dispersados geográficamente. A finales del siglo V a. C. había polis griegas por toda la costa mediterránea y del mar Negro, desde España hasta Chipre y desde Libia hasta Crimea. Hoy pueden encontrarse vestigios de sus comunidades en Marsella y Náucratis (Egipto), diseminadas por la costa mediterránea de Turquía, desde Adana hasta Estambul y, rodeando el mar Negro, desde Poti (Georgia) hasta Sozopol (Bulgaria).²⁹

Cabría preguntarse qué unía a estas comunidades tan diversas, teniendo en cuenta que eran independientes y estaban muy alejadas entre sí. Incluso los comentaristas antiguos discrepaban en cuanto a quién y qué era «griego». Según Demóstenes, los macedonios no eran auténticos griegos, pero tampoco lo eran los atenienses, en opinión de Heródoto, porque descendían de los «bárbaros». ³⁰ Para complicar aún más las cosas, los antiguos griegos no se llamaban a sí mismos

«griegos». Este término lo acuñaron los romanos, quienes usaban la palabra *graeci* para referirse a ellos como colectividad. Por el contrario, los griegos empleaban la palabra «helenos» para referirse a sí mismos en cuanto descendientes de la figura mítica de Héleno. (No hay que confundir a Héleno con Helena; el primero fue el legendario antepasado de los antiguos griegos, la segunda fue la mujer que desencadenó la guerra de Troya.)

La definición de «helenos» es por tanto genealógica, pues está vinculada a la idea de una historia compartida y un antepasado común. Sin embargo, no deberíamos pensar en lo griego como una forma de etnicidad en el sentido moderno de la palabra. Los antiguos helenos no eran un grupo étnico coherente, separado nítidamente de otros grupos étnicos. Para los antiguos griegos, las genealogías eran una manera de vincular a la gente, y los orígenes plurales formaban parte de su estructura fundamental.³¹ Los mitos sobre un linaje helénico común se combinaron entonces con reivindicaciones de genealogías alternativas, de origen no helénico. Los habitantes de Tebas, por ejemplo, decidieron que su fundador fuese el héroe fenicio Cadmo. Los argivos decían descender de las hijas del rey egipcio Dánao. Los arcadios y los atenienses sostenían que eran autóctonos, esto es, nacidos de la propia tierra que habitaban. Algunos griegos afirmaban tener antepasados comunes con los persas, los judíos y los romanos. No hay que tomarse estas genealogías al pie de la letra (ni tampoco suponer que los griegos se las tomaban así). Como todos los mitos fundacionales, aquella era una manera de afirmar los orígenes y la identidad basándose en un ideal de lo que las personas querían ser, pero también en lo que realmente eran. No obstante, esas genealogías nos aclaran algunas cuestiones sobre la mentalidad de los antiguos griegos. Si bien la idea de un linaje helénico común era muy importante, pocos griegos estaban convencidos de la pureza de ese linaje.³²

Otra cosa que unía a las polis griegas, más aún que el supuesto linaje helénico, era la conciencia de una cultura común. Ahí estaban la lengua y el alfabeto griegos, así como las correspondientes tradiciones literarias y un gran conjunto de mitos y leyendas comunes. Ahí estaba la estructura del politeísmo olímpico, que explica la similitud de los rituales y los templos en todas las ciudades. Y ahí estaban los usos y costumbres comunes, que mostraban enormes semejanzas en cuestio-

nes tan dispares como la familia, las normas sociales, la educación, la arquitectura y la artesanía. El ser griego era hacer las cosas como los griegos. Tal como señaló Isócrates en el siglo IV a. C.:

Nuestra ciudad aventajó tanto a los demás hombres en el pensamiento y la oratoria que sus discípulos han llegado a ser maestros de otros, y ha conseguido que el nombre de griegos se aplique no a la raza, sino a la inteligencia, y que se llame griegos más a los partícipes de nuestra educación que a los de nuestra misma sangre (*Panegírico* 4:50).

Para el propio Heródoto la identidad griega (*to Hellenikōn*) venía dada en parte por la sangre, pero en igual medida por «la lengua, los santuarios, los sacrificios a los dioses y el estilo de vida, todos ellos comunes» (8.144).³³

Había, por supuesto, tradiciones regionales en la cultura griega.³⁴ En un mundo tan disperso y variopinto, ¿cómo no las iba a haber? Si la mujer ideal en Atenas era tranquila y casera, en Esparta era todo lo contrario: atlética y aventurera. Mientras que los clazomenios enterraban a sus muertos individualmente en vistosos sarcófagos de barro cocido, los corintios los sepultaban en fosas comunes.³⁵ Y, mientras que en Sicilia la diosa Artemisa era una joven núbil, en Éfeso era una cazadora que llevaba un collar hecho con testículos de toro.³⁶ Muchas de estas variaciones locales se debían a la relación con culturas no griegas. Ya hemos visto que los anatolios formaban parte de la polis de Halicarnaso, pero un grado similar de interculturalidad se observa en todo el mundo helénico. En el golfo de Nápoles se han encontrado elementos culturales griegos junto a otros fenicios, etruscos e itálicos.³⁷ Y en Náucratis, los helenos de distintas ciudades se codeaban con egipcios, libios y árabes.³⁸ Los estilos, las costumbres y las identidades híbridas formaban parte de la conciencia cultural característica del helenismo.

Pero no debemos caer en la trampa de pensar que el mundo griego era una utopía de pluralismo étnico y cultural bajo la égida del helenismo. El racismo y la xenofobia eran tan habituales que incluso pensadores de la talla de Aristóteles veían natural que los griegos esclavizaran a los no griegos, debido a su superioridad innata. Curiosamente, esa compleja superioridad no tenía como base las diferencias entre el

este y el oeste. Aristóteles pensaba que el mundo helénico era superior tanto a Europa como a Asia. Según él:

Los que habitan en lugares fríos y en Europa están llenos de coraje, pero faltos de inteligencia y de técnica, por lo que viven más bien libres, pero sin organización política o incapacitados para mandar en sus vecinos. Los de Asia, en cambio, son inteligentes y de espíritu técnico, pero sin coraje, por lo que llevan una vida de sometimiento y esclavitud. En cuanto a la raza helénica, de igual forma que ocupa un lugar intermedio, así participa de las características de ambos grupos, pues es a la vez valiente e inteligente.³⁹

Las ideas de los antiguos griegos sobre los continentes eran, como es lógico, diferentes de las nuestras. Y también había discrepancias entre ellos. No todos coincidían con Aristóteles en que los territorios que bordeaban el Mediterráneo y el mar Negro (es decir, aquellos habitados por los griegos) estuviesen en medio de los continentes. A Heródoto la idea de las divisiones continentales le parecía absurda, como veremos más adelante.

Sin embargo, durante gran parte de la historia griega las diferencias más profundas no fueron las que separaban a los griegos de los no griegos, sino más bien las que enfrentaban a los helenos entre sí. Una de esas divergencias debió de ser la que afectó de tal modo a la vida de Heródoto que lo llevó a cambiar Atenas por la relativa paz y tranquilidad de Turios. A causa de la versión de la historia que conforma el gran relato de la civilización occidental, cuando pensamos en Atenas nos la imaginamos como la cuna de la democracia, el lugar donde se forjaron el gobierno del pueblo (*dēmokratía*) y la igualdad ante la ley (*isonomía*). Si bien en esto hay sin duda parte de verdad, la realidad de la democracia ateniense tenía poco que ver con los principios de la democracia liberal que hoy asociamos con Occidente. Para empezar, las mujeres quedaban excluidas del sistema de gobierno, al igual que los miles de esclavos de cuyo trabajo dependía la economía ateniense.⁴⁰ Por otra parte, Atenas, si bien favorecía la igualdad para sus propios ciudadanos varones, no se portaba de la misma manera con los demás. Tanto si se trataba de griegos de otras ciudades como de personas ajenas a Grecia, cualquier no ateniense era tratado como un

extranjero. La democracia ateniense clásica no era la institución inclusiva e igualitaria que en ocasiones imaginamos. Antes bien, era un exclusivo club masculino al que solo tenían acceso los hombres de determinadas familias.

El dinamismo cultural de Atenas en el siglo v a. C. no se basaba en la igualdad política, sino en el imperialismo.⁴¹ El Imperio ateniense surgió de la alianza de los estados griegos que lucharon contra los persas en las guerras médicas. Atenas no tardó en reclamar el liderazgo indiscutible de esa alianza, aprovechando la simpatía de otros griegos tras el saqueo de la ciudad por parte de los persas y el respeto que se habían ganado los atenienses por su valor en las batallas de Maratón y Salamina. Pero el liderazgo de una alianza pronto se convirtió en control absoluto. Se exigían pagos anuales, y a los «aliados» desertores se los trataba despiadadamente. En el caso de los más afortunados, los atenienses saqueaban sus ciudades, arrasaban sus murallas, desterraban o ejecutaban a sus políticos e imponían gobiernos títeres. En el de los menos afortunados, como los habitantes de la isla de Melos, el castigo era muchísimo peor; los atenienses asesinaban a todos los hombres y vendían a las mujeres y a los niños como esclavos.⁴²

En Atenas, el sentimiento público era triunfalista. En 453 a. C., Pericles mandó erigir en la acrópolis dos enormes inscripciones de piedra, de cuatro metros de altura cada una, en las que se mostraban las cantidades que cada ciudad había pagado a Atenas como tributo. Aquello era un cartel publicitario de la supremacía ateniense. Dos años después, Pericles endureció los requisitos para obtener la ciudadanía, restringiéndola a aquellas personas cuyos dos progenitores fuesen ciudadanos (y no solo uno, como hasta entonces), privando súbitamente del derecho de voto a muchos atenienses que lo habían tenido toda su vida.⁴³

A medida que avanzaba el siglo v a. C., el abismo que separaba a los atenienses del resto de los griegos se fue agrandando. Los atenienses empezaron a considerarse diferentes, especiales y, sobre todo, mejores. Podemos verlo en la reorganización de las fiestas principales de la ciudad, las panateneas. Mientras los ciudadanos atenienses disfrutaban de las fiestas, los extranjeros residentes en la ciudad debían servir a aquellos, ya fuese como criados, aguadores o portadores de sillas o quitasoles.⁴⁴ Hacia finales de ese siglo, Eurípides puso en escena una

obra en la que replanteaba los orígenes de Atenas. Según la mitología tradicional, los atenienses descendían de los autóctonos por una parte y del héroe Héleno por otra, y por eso pertenecían a la gran familia helénica, pero en *Ion* Eurípides modificó la genealogía mítica sustituyendo a Héleno por el dios Apolo, cambiando así la ascendencia helénica de los atenienses por unos antepasados divinos. En la obra de Eurípides, la excepcionalidad de los ateneos no significaba solo que eran mejores que los demás griegos, significaba que ni siquiera eran griegos.

¿Cómo se las compuso pues Atenas? Además del monopolio casi exclusivo de las fuerzas navales, Atenas emprendió una enérgica campaña de propaganda para convencer a los demás griegos de que la «alianza» era necesaria. Ninguna ciudad griega podía bajar la guardia, aseguraban los atenienses, so pena de que regresaran los alevosos persas. El dominio naval ateniense era necesario, sostenían, para proteger a los griegos de la constante amenaza aqueménida. Los propagandistas ateneos atizaron el odio a los persianos haciendo circular el estereotipo de que los bárbaros orientales eran no solo afeminados, sibaritas y cobardes, sino también falsos, taimados y traicioneros.⁴⁵ Por el contrario, los griegos eran viriles, tenaces y valerosos, honrados en el trato con los demás y sinceros en su búsqueda de la libertad personal. Encontraremos todos esos clichés si hojearnos los discursos de Isócrates, si asistimos a una representación de *Los persas*, de Esquilo, o si vemos alguna de los cientos de vasijas atenienses que representan a los soldados griegos derrotando a sus endeble adversarios persas. Según ese estereotipo, los aqueménidas habían sido siempre enemigos de los griegos. Se los presentaba como aliados de los troyanos, mezclando el pasado legendario con la historia real.⁴⁶ La Atenas del siglo V a. C. fue la que inauguró la retórica del «choque de civilizaciones», basada sin embargo en el despotismo de los griegos sobre los propios griegos.

Si todo esto nos resulta familiar, es porque ya lo hemos oído antes. En el Occidente moderno, es difícil evitar los clichés de los afeminados aunque astutos asiáticos que se repiten periódicamente en la cultura popular. Los vemos en la literatura y el arte del imperialismo europeo, como señaló preclaramente Edward Said (véase el capítulo 13), pero también en las películas de Hollywood, en las novelas más vendidas y en las viñetas cómicas de los periódicos. En la actualidad,

esa imagen del «otro» se refleja en la imagen especular del occidental idealizado mediante una serie de oposiciones conceptuales: el oeste frente al este, lo masculino frente a lo femenino, el fuerte frente al débil, el valiente frente al cobarde, el de piel clara frente al de piel oscura. En el Occidente actual, es una retórica que se oculta en parte tras el discurso político admisible, pero que de vez en cuando sale a la superficie. En la Atenas del siglo v a. C., ese racismo era el pan nuestro de cada día.

La Atenas del siglo v a. C. es considerada justamente como la edad de oro de la cultura, la literatura, el arte y la democracia, pero esos logros fueron fruto del imperio; un imperio construido con el esfuerzo de otros griegos y justificado por medio de una propaganda racista que subrayaba peligrosamente la «otredad» de los extranjeros, convirtiendo a Atenas en el paradigma del helenismo idealizado.⁴⁷ Como habitante de Atenas, Heródoto debía de ser plenamente consciente de todo ello.⁴⁸ El ambiente era cada vez más hostil. Las cuestiones polémicas, como la pureza racial, la superioridad nacional y la exclusión de los inmigrantes dominaban la política ateniense. ¿Debería extrañarnos que alguien como Heródoto, un inmigrante bicultural procedente de Asia, ya no se sintiera como en casa? ¿Debería extrañarnos que se hiciera de nuevo a la mar y que llegara a la playa italiana donde lo encontramos al principio de este capítulo? Y ¿debería extrañarnos que, cuando comenzó a escribir su obra maestra, la concibiera como una contundente réplica a la ideología que lo obligó a exiliarse?

LAS MANIFESTACIONES

Heródoto debió de tardar bastantes años en terminar su *Historia*. De hecho, la organización del libro indica una división en distintos episodios agrupados posteriormente en una estructura general. Aunque es posible que escribiera algunas partes de la *Historia* en Atenas, fue en Turios donde adoptó una visión de conjunto. Esa visión se expone en el famoso proemio, del que ya hemos hablado, en el que Heródoto introduce sus «manifestaciones»:

Heródoto nos cuenta la lucha entre griegos y asiáticos, que culmina en las Guerras Médicas. Nos dice, igual que Homero, que escribe para evitar que las grandes acciones queden privadas de gloria, y ello tanto en el caso de las acciones de los griegos como en el de las llevadas a cabo por los bárbaros; y que va a contar, además, la causa por la que guerrearon.⁴⁹

La interpretación de estas líneas podría parecer evidente. Estamos ante la oposición entre griegos y bárbaros (esto es, todos los no griegos): un inequívoco choque de civilizaciones. Como ya he mencionado, Heródoto nos cuenta el trasfondo de la enemistad entre continentes como una serie de secuestros que culminan en el rapto de Helena y el saco de Troya. Todo eso nos resulta familiar. Pero es lo que Heródoto narra inmediatamente después lo que debemos analizar con atención.

Todas estas historias, nos dice Heródoto, son mitos poco fidedignos, que él descarta de forma explícita de la misma manera que luego descartará las extravagantes historias de las hormigas buscadoras de oro y los hombres con cabeza de perro. Significativamente, Heródoto no narra los míticos raptos en primera persona, sino que los pone en boca de otros, diciendo, por ejemplo: «Los escritores persas afirman que fueron los fenicios quienes iniciaron el conflicto». Luego siembra la duda sobre la veracidad de las historias dando la versión alternativa que cuentan los fenicios. Para Heródoto, la idea de un odio enraizado en la noche de los tiempos era no solo absurda, sino también incoherente: un montón de fábulas contradictorias contadas por narradores interesados.

Si realmente queremos entender la enemistad greco-persa, nos dice Heródoto, tenemos que examinar los acontecimientos históricos del pasado reciente, empezando por el «primer bárbaro que sometió a los helenos y los obligó a rendirle homenajes». Este fue, según Heródoto, el rey lidio Cresos, conocido hoy por su inmensa riqueza.⁵⁰ A diferencia de los ridículos mitos que contaban otros, Heródoto especifica claramente que sus propias manifestaciones comienzan con ese acto de dominación imperial. Por un lado, se refiere a que los lidios echaron de Asia Menor a sus vecinos jonios, pero, para sus lectores originales, la elección del vocabulario habría tenido una resonancia mucho más contemporánea. En el siglo v a. C., no eran los bárbaros

quienes habían «sometido a los helenos y los habían obligado a rendirles homenajes», sino los atenienses. La palabra que utiliza Heródoto para significar «homenaje» es *phóros*, un término acuñado específicamente por los atenienses para designar los tributos que les pagaban sus «aliados». ⁵¹ Esa palabra, que no existía en tiempos de Creso, un siglo antes, habría supuesto un desconcertante anacronismo. Esa terminología habría sido dinamita política.

Si leemos el proemio de Heródoto con atención, lo más interesante no es el conflicto entre griegos y no griegos. La «causa por la que guerrearon» es en efecto objeto de estudio, pero solo «entre otras cosas». Lo más importante para él, y para la *Historia* en su conjunto, eran las cosas que lograban las personas y, en concreto, los «grandes y asombrosos hechos de los helenos y los bárbaros». Es notable la imparcialidad de esa afirmación. Los no griegos también realizan grandes hazañas. Y los logros que Heródoto intenta documentar para la posteridad son, básicamente, los de las personas (*oi ánthrōpoi*). Heródoto lo afirma en el proemio y lo repite a lo largo de toda su *Historia*. En sus páginas leemos acerca de la generosidad de los faraones egipcios y el heroísmo de las reinas escitas, del talento de los ingenieros babilonios y la simpatía de los hombres etíopes. ⁵² La *Historia* de Heródoto ensalza los grandes hechos de las personas, de todas las personas, no solo de los griegos.

Cuando Heródoto introduce en su proemio la idea de una oposición entre griegos y asiáticos es porque le parece cierta. Introduce esa idea para criticarla, desecharla y demostrar con ejemplos que es falsa. Los griegos, argumenta, recibieron la influencia cultural de otros pueblos más antiguos del oeste de Asia. La civilización más antigua, sostiene, es la de los frigios de Anatolia, los inventores del primer idioma (Hdt 2:2). Nos cuenta que otro pueblo anatolio, los lidios, instruyeron a los griegos en el comercio y la acuñación de moneda, y les enseñaron muchos juegos y pasatiempos (Hdt 1:94), mientras que la escritura y el alfabeto llegaron a Grecia a través de los fenicios (Hdt 5:58). Pero a quienes más cosas debían los griegos era a los egipcios. El conocimiento de los dioses se transmitió de Egipto a Grecia (Hdt 2:50), junto con numerosas costumbres religiosas (Hdt 2:51), así como el cálculo de los calendarios, la astrología y la práctica de la adivinación (Hdt 2:81). La cultura griega, nos viene a decir Heródoto, era de todo menos genuinamente griega.

Según Heródoto, no era solo el linaje cultural de los griegos el que estaba mezclado, sino también su linaje biológico. Afirmaba el historiador que los dos estados más poderosos de la época, Esparta y Atenas, pertenecían a diferentes grupos étnicos y tenían genealogías distintas (Hdt 1:56). Los espartanos descendían de la verdadera estirpe helénica, pero eran un pueblo nómada (la palabra que utiliza Heródoto es *polyplánētos*, o «errante»). Por el contrario, los atenienses no eran realmente griegos, pues descendían de los pelagos, un pueblo de origen incierto (Hdt 1:58). Otras ciudades-Estado griegas, sostiene Heródoto, tenían también un origen mixto. Las ciudades jonias de su tierra natal eran tan anatólicas como griegas (Hdt 1:147-148), los argivos eran los descendientes de mujeres egipcias (Hdt 2:91; 4:53; 4:182), los peloponenses debían su nombre a un emigrante frigio (Hdt 7:11) y los tebanos de la Grecia central descendían de los fenicios (Hdt 5:182). Del mismo modo, algunos no griegos reivindicaban una ascendencia parcialmente griega, como los escitas (Hdt 4:8-10) e incluso los persas, de los que en ocasiones se decía que descendían del semidiós griego Perseo (Hdt 7:150).

Según Heródoto, los griegos no se diferenciaban de los demás pueblos ni por su cultura ni por su sangre. Tampoco eran diferentes en lo que se refiere a su ética y sus principios. En las páginas de la *Historia*, algunos griegos proclaman su amor a la libertad, un ideal que hoy tendemos a asociar con el Occidente moderno. La palabra para «libertad» (*eleuthería*) aparece varias veces en el contexto de los griegos que querían librarse de la opresión persa (p. ej. 1:170, 5:2, 7:135, 8:143, 9:98). Sin embargo, también aparece en contextos nada griegos, lo que sugiere que a los persas, los egipcios y otros pueblos también los motivaba el amor a la libertad (p. ej. 1:95, 2:102, 3:82, 7:2). Lo más sorprendente es que esa palabra se usaba también en el contexto de las guerras entre griegos, lo que da a entender que la libertad se podía perder no solo a manos de los bárbaros, sino también de tus propios compatriotas (p. ej. 1:61, 3:142, 6:5). Esa palabra era especialmente adecuada en la época en que escribió Heródoto, en plena guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta, cuando las ciudades pequeñas eran meros daños colaterales.

Heródoto pone aún más objeciones al modelo de «choque de civilizaciones» cuando habla de geografía. «Me río», afirma con desdén,

«de quienes trazan mapas del mundo sin usar la cabeza», señalando que la división del orbe en dos partes —Europa y Asia— es especialmente ridícula (Hdt 4:37). La división de lo que él veía como «un mundo» en continentes separados era innecesaria, y el hecho de designarlos al azar con nombres femeninos era directamente absurdo (Hdt 4:45). La postura de Heródoto tiene especial sentido precisamente porque él mismo era un emigrante transcontinental y un refugiado político. En su opinión, Europa y Asia no eran tan diferentes. En ambos continentes había personas crueles y bondadosas, intransigentes y acogedoras. En los dos continentes había no solo griegos y extranjeros, sino también personas que, como el propio Heródoto, tenían un poco de ambas cosas.

Heródoto no describió el mundo dividiéndolo tajantemente en «nosotros y ellos», sino que quiso borrar esa distinción desde la perspectiva de la cultura, la genealogía, la etnicidad y la geografía. Pero algunos griegos veían las cosas de otra manera. Entre ellos se encontraba sin duda Plutarco, así como los ideólogos atenienses del siglo v a. C. Heródoto reprodujo el mundo en tunicolor, que no en blanco y negro. Con esa visión de una humanidad variopinta y plural, caracterizada por la complejidad y la mezcla culturales, Heródoto estaba evocando su propia juventud en Halicarnaso, pero también estaba rechazando el mundo xenófobo de la Atenas del siglo v a. C. Su *Historia*, con esa vertiginosa diversidad, presenta una visión de un mundo antiguo complejo y plural, lo cual supone un marcado contraste con la imagen de la Antigüedad griega que encontramos en el gran relato de la civilización occidental, un relato que considera a los antiguos griegos como los forjadores de una civilización europea y blanca. Heródoto se habría estremecido solo de pensarlo.

Dar por sentado que el mundo griego fue una primera versión de Occidente es no haber entendido nada. Para empezar, el Occidente moderno se ha centrado históricamente en Europa, sus descendientes norteamericanos y el mundo angloparlante en general. En cambio, los antiguos griegos no se consideraban europeos. De hecho, como se refleja en los escritos de Aristóteles y Heródoto, Europa se asociaba habitualmente con la barbarie. Otra característica del Occidente mo-

derno, de la que no se quiere hablar en las clases altas, es la del color blanco de la piel, en oposición a los no occidentales, a los que a menudo se «racializa» como negros, morenos, aceitunados y amarillos. Por el contrario, la identidad helénica venía dada por la etnia y una ascendencia común, pero ello no se expresaba recurriendo a las diferencias fisonómicas y menos aún al color de la piel, que era algo mucho menos importante en el mundo griego de lo que lo es en el nuestro, y, si bien a veces constituía una marca de identidad para algunos grupos (los galos eran señalados con frecuencia por su piel lechosa y los etíopes, por su negritud), no se le daba demasiada importancia en el discurso helenístico.⁵³

El modelo ideológico que observamos en la Grecia antigua y en el Occidente moderno es el de una oposición cultural binaria entre «nosotros» y «ellos». En la Grecia clásica, esa era la oposición entre los helenos y los bárbaros, concebida como un conflicto que duraba ya muchas generaciones y en el que ese «nosotros» representaba a unos hombres valientes, viriles e independientes, mientras que el «ellos» correspondía a otros hombres pusilánimes, afeminados y serviles. Aunque esa caracterización es en extremo ruin, el mismo modelo conceptual subyace tras la moderna ideología que establece una oposición entre Occidente y «los demás». Y no porque Occidente haya heredado de Grecia su modelo conceptual, sino porque ese modelo cumple las mismas funciones metodológicas y políticas y está al servicio de una ideología racista, expansionista y patriarcal. Como veremos en capítulos posteriores, el auge de Occidente como concepto, al igual que la invención de la historia de la civilización occidental, fue al principio también un instrumento ideológico a disposición del imperio. Desde entonces ha tenido diferentes formas y ha adoptado distintos significados sociales y culturales, pero originalmente surgió en un contexto imperial. Lo mismo cabe decir del helenismo político y militar del Imperio ateniense.⁵⁴

Heródoto rechazó aquella visión de la identidad griega y la diferencia cultural, y su *Historia* es una contundente refutación de la oposición entre griegos y bárbaros. Heródoto imaginaba un mundo mucho más flexible y cambiante, en el que las distinciones que dividían a las personas en términos de cultura, etnia, principios y geografía se difuminaban por completo. Teniendo en cuenta su experiencia perso-

nal, así debía de ser el mundo que veía él. Y no fue el único. Homero no describió la guerra de Troya como un choque de civilizaciones, sino como un conflicto entre grupos estrechamente relacionados a los que unían no solo una cultura y unas costumbres comunes, sino también el mestizaje y los lazos familiares.⁵⁵ Las tragedias de Eurípides cambiaron de nuevo las tornas cuando preguntó quiénes se comportaban realmente como bárbaros, ¿los griegos o los metecos?⁵⁶ Y el historiador Tucídides describió la identidad helénica como un invento relativamente reciente, un incómodo paraguas bajo el que se guarecían grupos de diferentes orígenes.⁵⁷

El gran relato de la civilización occidental sitúa los orígenes de Occidente en el mundo griego antiguo, pero no en ese mundo tal como era realmente —el dinámico y vitalista mundo de Heródoto, Homero y Tucídides—, sino que se ajusta más bien a la visión de la Grecia antigua que preconizaban políticos como Pericles para justificar la expansión imperialista, un mundo desgarrado por una enorme fractura entre «nosotros» y «ellos». Era una visión que no compartían los protagonistas del siguiente capítulo, las personas a las que se considera sucesoras de los griegos por ser las siguientes en la línea genealógica de la civilización occidental.